

ESTUDIOS SOBRE GENIOS: VI GRODDECK.

Lawrence Durrel

Si el trabajo y la enseñanza de Georg Walther Groddeck (1866-1934) no son tan conocidos hoy como lo merecen, tal vez sea en gran parte por su propia culpa. Su primer trabajo, él consideraba, era sanar; ser escritor y maestro ocupaba el segundo lugar. Además de esto, Groddeck también sabía cuán rápido el discípulo puede convertir la palabra viva en doctrina muerta. Sabía, igualmente, que el primer discípulo era a menudo el primer perverso de la verdad. Y este conocimiento, impregnaba sus trabajos escritos con esa encantadora ironía autocrítica, que le llevó a decir muy claramente: “No te estoy invitando a seguirme, sino a seguirte a ti mismo. Solo estoy aquí para ayudar si me necesitas”. La época necesita sus Groddecks, y seguirá necesitando hasta que se pueda captar toda la majestad y el terror del “Ello” del que tanto ha hablado en sus diversos libros, y particularmente en esa obra maestra descuidada, *El Libro del Ello*.

Al considerar el lugar de Groddeck en la psicología, sin embargo, hay uno o dos malentendidos actuales que merecen ser aclarados en beneficio de aquellos que lo han confundido, o continúan confundiéndolo con un discípulo ortodoxo de Freud. Groddeck fue el único analista cuyas opiniones tuvieron algún efecto sobre Freud; y El Yo y el Ello de Freud son un tributo, aunque desafortunadamente sea una interpretación errónea de la Teoría del Ello de Groddeck. Sin embargo, su admiración por Freud era tan grande que el revisor podría ser perdonado, por quien una vez se describió a sí mismo como “un divulgador de la teoría freudiana”. Sin embargo, ninguna afirmación podría estar más lejos de la verdad, pues Groddeck, aunque acepta y emplea gran parte del equipo pesado del maestro, está separado para siempre de Freud, por una concepción completamente diferente de la constitución y el funcionamiento de la psique humana. Sus reconocimientos a Freud comienzan y terminan con esos maravillosos descubrimientos sobre la naturaleza del sueño, sobre el significado de la resistencia y la transferencia. Sin embargo, en su uso de estos grandes instrumentos conceptuales, Groddeck era tan diferente de Freud como Lao Tse de Confucio. Los aceptó y los elogió como grandes descubrimientos de la época: los empleó como armas a su manera sobre la enfermedad orgánica: reverenciaba a Freud como el genio más grande de la época; pero, fundamentalmente, no compartía los puntos de vista de Freud sobre la naturaleza de las fuerzas dentro del organismo humano que contribuyen a la salud o la enfermedad. Y este es el dominio en el cual las doctrinas de Groddeck y de Freud se separan. En este dominio, también, Groddeck emerge como un filósofo natural, siendo incapaz de separar el cuerpo y la mente ya que es incapaz de separar la salud y la enfermedad.

Para Freud, la psique del hombre estaba formada por dos mitades, la parte consciente y la inconsciente; pero para Groddeck toda la psique con sus dualismos inevitables parecía meramente una función de otra cosa, una cantidad desconocida, que nominó para analizar bajo el nombre de “Ello”. “La suma total de un ser humano individual”, dice, “física, mental y espiritual, el organismo con todas sus fuerzas, el microcosmos, el universo que es un hombre, lo concibo como un ser desconocido y desconocido para siempre, y lo llamo el “Ello” como el término más indefinido disponible sin asociaciones emocionales o intelectuales. La hipótesis del Ello no la considero una verdad -porque, ¿qué sabemos algunos de nosotros acerca de la verdad absoluta? - sino como una herramienta útil en el trabajo y en la vida; ha resistido la prueba de años de trabajo y experimento médico y hasta el momento nada ha sucedido que me lleve a abandonarlo o incluso a modificarlo en un grado esencial. Presumo que el hombre está animado por el Ello que determina lo que hace y hacia dónde va, y que la afirmación “Yo vivo” solo expresa una parte pequeña y superficial de la experiencia total ‘Soy vivido por el Ello’...”

Esta fundamental divergencia de opinión con respecto a la naturaleza de la salud y la enfermedad, la naturaleza del papel de la psique es algo que debe entenderse desde el principio si queremos interpretar a

Groddeck con precisión. Para Freud, como para la época y la civilización de la cual era tanto representante como parte, el Yo es lo máximo. Está ahí, como una forrada caja de hierro cuyos compartimentos esperan ser arreglados y empaquetados con las terminologías del psicoanálisis. Pero para Groddeck, el Yo apareció como una máscara desdeñable engendrada por el intelecto, el cual, al imponerse sobre el ser humano, lo persuade de que está motivado por fuerzas que están bajo el control de su mente consciente. Sin embargo, Groddeck se pregunta, ¿qué decide cómo se subdivide la comida que pasa al estómago? ¿Cuál es la naturaleza de la fuerza que decreta la frecuencia del latido del corazón? ¿Qué persuadió al germen original para dividirse y subdividirse a sí mismo y para formar objetos tan dispares como la corteza cerebral, el músculo o las mucosas?

“Cuando nos ocupamos ya sea de nosotros mismos o de nuestro prójimo, pensamos que el Yo es algo esencial. Sin embargo, quizás por un momento podemos dejar de lado el Yo y trabajar un poco con este Ello desconocido. En su lugar... Sabemos, por ejemplo, que el Yo de ningún hombre ha tenido algo que ver con el hecho de que posea una forma humana, de que es un ser humano. Sin embargo, tan pronto como percibimos a distancia a un ser que camina sobre dos piernas, inmediatamente asumimos que ese ser humano es un Yo, que puede hacerse responsable de lo que es y lo que hace, y, de hecho, si no hiciéramos esto, todo lo que es humano desaparecería del mundo. Aun así, sabemos con toda certeza que la humanidad de este ser nunca fue deseada por su Yo; él es humano a través de un acto de voluntad del Todo, o, si vas un poco más allá, del Ello. El yo no tiene la más mínima idea de hacerlo... ¿Qué tiene que ver la respiración con la voluntad? Tenemos que empezar tan pronto como dejemos el útero, nosotros no podemos elegir sino respirar. “*Te amo mucho de verdad, podría hacer cualquier cosa por ti*”. ¿Quién no ha sentido eso, lo ha escuchado o no lo ha dicho? Pero intenta contener la respiración por tu bien. En diez segundos, o como máximo durante un cuarto de minuto, la prueba de tu amor desaparecerá ante el hambre de aire. Nadie tiene el control sobre el poder de dormir. Vendrá o no. Nadie puede regular los latidos del corazón...”

El hombre, entonces, es él mismo una función de esta fuerza misteriosa que se expresa a través de él, a través de su enfermedad y de su salud. Para Groddeck, el equipamiento psicoanalítico no era más que una lente por la que uno podría, ver un poco más profundamente, lo que hasta ahora es el misterio del ser humano, un Ello-sí mismo. Sobre la teoría del psicoanálisis, como él la aplicaba, por lo tanto, se encontraba este principio metafísico que se expresaba a través del comportamiento del hombre, a través de su tamaño, forma, creencias, deseos. Y Groddeck se posicionó como un vigilante y, cuando fue posible, como un intérprete de esta misteriosa fuerza. Las causas de la enfermedad o la salud, pensaba él, eran desconocidas; él ya había señalado en el curso de su larga práctica clínica que con frecuencia la misma enfermedad era superada por diferentes tratamientos, y finalmente había llegado a creer que la enfermedad era *una entidad que no existía*, excepto en la medida en que era una expresión de la personalidad total de un ser humano, su Ello, expresándose a través de él.

“Por poco probable que parezca, es un hecho que cualquier tipo de tratamiento, ya sea científico o casero, puede resultar adecuado para el paciente, ya que el resultado del tratamiento médico u otro no está determinado por los medios prescritos sino por lo que el Ello del paciente quiera hacer con la prescripción. Si este no fuera el caso, cada miembro fracturado que se hubiera colocado y vendado adecuadamente sanaría, mientras que cada cirujano sabe de casos obstinados que a pesar de todo cuidado y atención desafían sus esfuerzos y se niegan a sanar. En mi opinión, respaldada por alguna experiencia con casos de esta naturaleza, una influencia benéfica puede dirigirse a las partes lesionadas... al psicoanalizar el inconsciente general; de hecho, creo que cada enfermedad del organismo ya sea física o mental, puede ser influenciada por el psicoanálisis... En sí mismo, el psicoanálisis puede demostrar su valor en todos los departamentos de medicina, aunque, por supuesto, un hombre con neumonía debe acostarse inmediatamente y mantenerse caliente, debe amputarse una extremidad gangrenada, y un hueso roto inmovilizarse. Una casa mal construida puede tener que ser derribada y reconstruida tan pronto como sea posible cuando no hay un alojamiento alternativo disponible, y el arquitecto que la construyó tan mal debe estar dispuesto a ver sus errores... y un Ello que ha dañado su propio trabajo, el pulmón, o hueso, o lo que sea, debe aprender su lección y evitar tales errores en el futuro...”

“Como todo tiene al menos dos lados, sin embargo, siempre se puede considerar desde dos puntos de vista, y por eso es por lo que tengo la costumbre de preguntarle a un paciente que se ha resbalado y roto el brazo: “¿Cuál fue tu idea al romperte el brazo?”. Mientras que, si alguien me cuenta que alguien recurrió a la morfina para dormir la noche anterior, le pregunto: “¿Cómo la idea de la morfina se volvió tan importante ayer que te vuelves insomne, para tener una excusa para hablarlo?” Hasta ahora nunca he dejado de obtener

una respuesta útil a tales preguntas, y no hay nada extraordinario en eso, porque si nos tomamos la molestia de hacer la búsqueda siempre podemos encontrar una causa interna y externa de cualquier evento en la vida”.

Las ciencias actuales han dedicado casi todo su interés a las causas externas; ellas todavía no han tenido la suerte de escapar del callejón sin salida filosófico creado por la creencia natural en la causalidad, y junto a ello, a la creencia en el Yo como si éste estuviese dotado de libre albedrío. En todas las páginas maravillosas de Freud sentimos que el intelecto analítico persigue su cadena de causas y efectos; solo si se puede alcanzar el último enlace, solo si se puede establecer la primera causa, se dejará en claro todo el patrón. Sin embargo, para Groddeck tal proposición es falsa; el Todo era una entidad desconocida, siempre incognoscible, cuyas sombras y funciones somos. Solo un rincón muy pequeño de este territorio es libre para ser explorado por el observador, solo los límites de este universo se encuentran dentro de la comprensión de la mente humana finita que es una función del Ello. Así, mientras Freud habla de cura, Groddeck realmente está hablando de otra cosa: la liberación a través del autoconocimiento; y su concepción de la enfermedad es más filosófica que racional. En el dominio de la teoría y la práctica, él es el alumno agradecido y profundamente atento de Freud, pero está usando a Freud para fines mucho más grandes de lo que el propio Freud podría percibir. El psicoanálisis ha estado en peligro de dedicarse solo a la adaptación del comportamiento, demasiado pesado por su superestructura de la terminología clínica que ha estado en riesgo de pensar en términos de entidades médicas en lugar de pacientes. Este es el secreto de la aversión de Groddeck a las frases técnicas, y de su determinación de expresarse de la manera más simple posible utilizando solo las armas domésticas de la analogía y la comparación para expresar sus puntos. En *El Libro del Ello*, el cual es presentado en forma de cartas a una amiga, él analiza todo el problema de la salud y la enfermedad desde un punto de vista metafísico, y con un rechazo irónico a dogmatizar u ordenar sus puntos de vista sobre un sistema. Pero el libro en sí, rebosante de divertida ironía y poesía, logra circunscribir este territorio de experiencia con notable fidelidad; y de ello surge Groddeck no solo como un gran doctor sino también como un filósofo cuyo concepto del Ello es positivamente griego antiguo en su claridad y profundidad. “En vano”, dice Freud en alguna parte, “Groddeck protesta que no tiene nada que ver con la ciencia”. Sí, en vano, porque los hallazgos de Groddeck son llamados diariamente para complementar el hallazgo mecánico de la ciencia que él respetó, pero de la cual se rehusó a considerarse parte. “La salud y la enfermedad”, dice, “se encuentran entre las formas de expresión del Ello, siempre listas para su uso. La consideración de estos dos modos de expresión revela el hecho notable de que el Ello nunca usa ninguno de los dos solos, sino que siempre los usa a la vez: es decir, nadie está del todo enfermo, siempre hay una parte que permanece sana incluso en la peor de las enfermedades; y cuando uno está del todo bien, siempre hay algo mal, incluso en los perfectamente sanos. Quizás la mejor comparación que podríamos dar sería un par de escalas. El Ello juega con las escalas, ora coloca un peso en la bandeja derecha, ora en la izquierda, pero nunca deja ninguna bandeja vacía; este juego, que a menudo es desconcertante pero siempre significativo, nunca sin sentido, es lo que conocemos como vida. Si una vez el Ello, pierde su interés en el juego, deja de funcionar y muere. La muerte es siempre voluntaria; nadie muere, excepto si es que ha deseado la muerte... El Ello es ambivalente, haciendo un juego misterioso, pero de profundo significado, con voluntad y contra voluntad, con deseo y contra deseo, llevando al enfermo a una relación dual con su médico para que él lo ame como a su mejor amigo y ayudante, no obstante, él lo ve como una amenaza para ese esfuerzo artístico, que es su enfermedad.

Para Groddeck, la enfermedad, entonces, tiene la misma relación con el paciente que su escritura, su capacidad para escribir poesía, su capacidad para ganar dinero; la creación, ya sea en un poema o en un cáncer, era también una creación; y para él la vida del paciente traicionaba el lenguaje de una fuerza misteriosa trabajando bajo la superficie -detrás del andamiaje ideológico que el Yo había construido alrededor de sí mismo. La enfermedad, entonces, tiene su propio lenguaje no menos que la salud, y cuando surge la cuestión de la cura, Groddeck insiste en acercarse a su paciente, no para entrometerse con su “enfermedad”, sino para tratar de interpretar que es lo que el Ello podría estar intentando expresar a través de la enfermedad. La cura, como hemos visto anteriormente, es para Groddeck siempre el resultado de haber influido en el Ello, de haberle enseñado un modo menos doloroso de autoexpresión. El papel del médico es el de un catalizador, y la mayoría de las veces su intervención exitosa es un accidente. Así, el arte de la curación de Groddeck fue una especie de ejercicio espiritual tanto para el médico como para el paciente, uno que a través del autoconocimiento aprende a curar su Ello de sus desajustes, y el otro aprendiendo de la disciplina

de la interpretación sobre cómo usar aquello que Graham Howe magníficamente ha llamado ‘La fuerza de voluntad de los sin deseos’: en otras palabras, a cómo liberarse a sí mismo desde el *deseo de curar*. Esto parecerá una paradoja solo para aquellos, -y que todavía hoy, son muchos- que no tienen ni idea de lo que es ser consciente de aquellos estados diferentes a la confortable y cotidiana restricción del Yo. Todavía somos hijos de Descartes, y solo aquí y allá se encuentra un espíritu que se atreve a reemplazar esa primera proposición inexorable, con las palabras: “Yo soy, por lo tanto, puedo amar”.

Fue esta insatisfacción con la aceptación de las corrientes actuales sobre la enfermedad como entidad clínica lo que llevó a Groddeck finalmente a abandonar, siempre que sea posible, el recurso de la farmacopea o del cuchillo; en su pequeña clínica en Baden-Baden prefería trabajar con una combinación de dieta, masajes profundos y análisis como sus aliados más seguros. En estos años de práctica exitosa se fundó su reputación como médico, mientras que sus escritos, con su sello inquietante, apabullante y burlón, le trajeron tantos alumnos como pacientes, tantos enemigos como admiradores. La mayoría de sus teorías y opiniones, junto con el concepto del Ello en el que se basa su filosofía, ya se habían resuelto antes de leer a Freud. Sin embargo, con gusto y con alegría aceptó los hallazgos freudianos en muchos casos, y nunca dejó de venerar a Freud; pero considerándolos como modificaciones y condiciones de la teoría freudiana básica, el caso de Groddeck es único y excepcional. Él estar al lado de Freud como pensador y terapeuta es su verdadero derecho propio”.

“Con Groddeck”, escribió Keyserling después de su muerte, “se ha ido uno de los hombres más extraordinarios que he conocido. Él es de hecho el único hombre que he conocido que continuamente me recordaba a Lao Tzu; su no-acción tuvo el mismo efecto mágico. Él consideraba que el médico realmente no sabía nada, y que no puede hacer nada por sí mismo, por lo que debería interferir lo menos posible, y que su misma presencia puede invocar a la acción los propios poderes de curación del paciente. Naturalmente, no podía dirigir su sanatorio en Baden-Baden simplemente con esta técnica de no intervención, por lo que curó a sus pacientes mediante una combinación de psicoterapia y masaje en la que el dolor que infligió debe haber jugado un papel en la cura, para su autoprotección ellos desarrollaban la voluntad de vivir, mientras que las preguntas desarrolladas durante el análisis a menudo los tocaba en lo más propio!... De esta manera Groddeck me curó en menos de una semana de una flebitis recurrente que otros médicos me habían advertido me mantendría inválido durante años, sino por el resto de mi vida”.

Para el paciente, Groddeck trató de interpretar, a través de los vaivenes del síntoma externo y la manifestación clínica, el lenguaje oculto del Ello; “Yo mantengo”, escribe, “que el hombre crea sus propias enfermedades para un propósito definido, utilizando el mundo exterior simplemente como un instrumento, encontrando allí un suministro inagotable de material que puede usar para este propósito, hoy una pedazo de cascara de naranja, mañana la espiroqueta de la sífilis, el día después una corriente de aire frío, o cualquier otra cosa que lo ayude a resolver sus problemas. Y siempre para obtener placer, sin importar cuán extraño pueda parecer, porque cada ser humano experimenta algo de placer en el sufrimiento; cada ser humano tiene un sentimiento de culpa e intenta deshacerse de él mediante el autocastigo”. Para Groddeck, claramente, el Yo es solo un instrumento reflexivo para ser utilizado como una ayuda en la interpretación de la fuerza motriz que yace detrás de las acciones y reacciones del hombre completo; tal vez sea esto lo que le confiere a su filosofía una calidad vigorizante y vivificante. Es una filosofía con un horizonte ilimitado, mientras que los usos actuales del psicoanálisis demuestran claramente que se construyó sobre una cosmogonía de alcance tan limitado como el que delimitaba el universo de Kelvin o de Huxley. Si Freud nos dio un cálculo para explorar la conducta, la filosofía en la que descansa es una filosofía de causas; para Groddeck, sin embargo, todas las causas derivan de un principio incognoscible que anima nuestras vidas y acciones. Esto es algo nos salva de la soberbia de considerarnos Yo y de limitar nuestra visión del hombre a la geografía de sus reflejos; pues al considerar al Yo como una función, podemos reorientarnos más fácilmente hacia las tensiones y estreses de una realidad que con demasiada frecuencia el Yo rechaza, porque no puede comprender, o porque teme. Tanto, entonces, la diferencia básica entre las filosofías de Freud y Groddeck; será evidente, si he expuesto claramente mi caso, que se complementan entre sí, que no son antitéticos, como algunos creen que son; porque Freud suministra gran parte de la maquinaria pesada del análisis, y Groddeck alegremente la acepta. A cambio, Groddeck ofrece una filosofía de orientación y humildad que justifica las contribuciones tecnocráticas de Freud, y nos permite comprender más claramente los problemas y las penas no solamente de la enfermedad, porque eso no existe *per se*, sino del sufrimiento en sí mismo.

Con Freud penetramos más profundamente en el proceso cognitivo; con Groddeck aprendemos el misterio de la participación en el mundo del que somos parte, y del cual nuestro Yo ha intentado amputarnos.

¿Y qué hay del Ello? Groddeck no afirma que exista tal cosa. Es muy cuidadoso al insistir en que no es una cosa en sí misma, sino simplemente una forma de ver, un método conveniente para atacar lo real bajo sus muchas y engañosas máscaras; de hecho, en esto su filosofía tiene un sorprendente parecido con el concepto Tao de los chinos. Él es un camino, no una cosa, ni un principio ni una invención conceptual. Habiendo aceptado tanto, Groddeck está preparado para intentar un retrato de medio cuerpo.

“Se debe suponer un momento de comienzo para este hipotético Ello, y para mis propios fines, bastante arbitrariamente supongo que comienza con la fertilización... y asumo que el Ello finaliza con la muerte del individuo, aunque el momento preciso en el cual podemos decir que un individuo está muerto tampoco es una cuestión tan simple como parece... Ahora la hipotética unidad del Ello, cuyo origen hemos colocado en la fertilización, contiene dentro de sí dos unidades Ello, un hombre y una mujer... Parece necesario aquí comentar algo sobre el alcance de nuestra ignorancia con respecto al desarrollo posterior del óvulo fertilizado. Para mis propósitos, es suficiente decir que después de la fertilización, el huevo se divide en dos seres separados, dos células, como la ciencia prefiere llamarlos. Luego, los dos se dividen nuevamente en cuatro, en ocho, en dieciséis y así sucesivamente, hasta que finalmente llega a haber lo que comúnmente designamos un ser humano ... Ahora, ¿en el óvulo fertilizado, tal como es, debe haber algo u otro -el Ello asumimos? que es capaz de hacerse cargo de esta multitudinaria división en células, darles todas las formas y funciones distintivas, inducir las a agruparse como piel, huesos, ojos, oídos, cerebro, etc. ¿Qué pasa con el Ello original en el momento de la división? Obviamente debe impartir sus poderes a la célula en las cuales se divide, ya que sabemos que cada una de ellas es capaz de existir y volver a dividirse independientemente de las otras... No debe olvidarse que el cerebro, y por lo tanto el intelecto, es en sí mismo creado por el Ello... Mucho antes de que el cerebro empiece a existir, el Ello del hombre ya está activo y “pensando” sin el cerebro, ya que primero debe construir el cerebro antes de que pueda usarlo para pensar. Este es un aspecto fundamental que nos inclinamos a ignorar u olvidar. En la suposición de que uno solo piensa con el cerebro se encuentra el origen de mil y un absurdos, el origen también de muchos descubrimientos e inventos valiosos, mucho de lo que adorna la vida y mucho de lo que lo hace feo ... Por otro lado, el Ello sostiene al Ego, el Yo, que considero simplemente como la herramienta del Ello, pero que la naturaleza nos obliga a considerar como su Ello maestro; digamos lo que digamos en teoría, siempre queda para nosotros los hombres el veredicto de que “Yo soy yo”... No podemos ir más lejos de esto, y aunque afirmo que la proposición es falsa, estoy obligado a actuar como si fuera verdadera. Sin embargo, Yo soy, pero de ninguna manera, Yo, sino solo una forma continuamente cambiante en la cual mi “Ello” se muestra a sí mismo, y el “Yo” sentimiento es solo una de sus formas de engañar a la mente consciente y convertirla en una herramienta flexible ... Llego a creer que cada célula por separado tiene esta conciencia de individualidad, cada tejido, cada sistema orgánico. En otras palabras, cada unidad-Yo puede engañarse a sí misma, si lo desea, para pensar en sí misma como una individualidad, una persona, un Yo. Todo esto es muy confuso, pero ahí está. Creo que la mano humana tiene su Yo, que sabe lo que hace, y sabe que lo sabe. Y cada célula renal y cada célula de la uña tiene su conciencia de la misma manera ... su conciencia de “Yo”. Yo no puedo probar esto, por supuesto, pero como médico lo creo, porque he visto cómo el estómago puede responder a ciertas cantidades de alimento, cómo hace un uso cuidadoso de su secreción de acuerdo con la naturaleza y la cantidad del material suministrado, a cómo usa los ojos, la nariz y la boca para seleccionar lo que disfrutará. Este “Yo” que postulo para las células, órganos, etc., como un general-Yo (o la conciencia del Yo del hombre completo) no es de ninguna manera la misma cosa que el Ello, sino que es producido por el Ello, como un modo de expresión a cuatro patas con los gestos, el habla, la voz, el pensamiento, la construcción, etc. Sobre el Ello no podemos saber nada”.

En este punto, las ortodoxas objeciones del Racionalista merecen ser declaradas y consideradas. Son preguntas que el mismo Groddeck no se molestó en responder, creyendo que no se podía hacer ninguna hipótesis que cubriera todos los hechos conocidos de un caso sin solicitudes o sofismas especiales, y no estaba dispuesto a esforzarse por interpretaciones que pudieran parecer cubrir la totalidad de lo real y, que, sin embargo, en verdad solo producen fórmulas estériles. Groddeck creía que todo lo que se postulaba como hecho podría tarde o temprano ser refutado; de ahí su precaución al presentar la hipótesis del Ello no como una verdad, sino como un método. Sin embargo, un crítico de la escuela de la prueba del movimiento se demuestra andado, tendría todo el derecho a hacer preguntas en los siguientes términos: “Que un caso de cáncer inoperable, por

ejemplo, que desafía a cualquier otra forma de tratamiento, pueda someterse a un abordaje de Groddeck por medio de masajes y análisis está dentro de los límites de la creencia. Incluso la hipótesis del Ello podría ser concedida como una herramienta de trabajo útil en este caso. Freud había alterado hasta aquí los límites entre la intención consciente e inconsciente desde la cual nos inclinamos a responder a sugerencias las cuales hace cincuenta años atrás nos habrían parecido fantásticas. Pero si un millar de personas contraen la fiebre tifoidea a partir de un envío de fruta, ¿debemos suponer que cada una de estas personas han elegido esta forma de autoexpresión en un deseo de autocastigo?” Es el tipo de preguntas a las que no encontrarás respuesta en los libros de Groddeck; sin embargo, si parece contento de presentar el Ello como una hipótesis parcial, es porque su interés principal radica en su manifestación individual. Sin embargo, no hay nada en la hipótesis como tal que impida una aplicación más amplia. Si se hubiera dirigido a sí mismo tal pregunta, muy fácilmente podría haber afirmado que, así como la célula tiene su polaridad Ello-Yo, al igual que la totalidad del individuo, también podría cualquier cuerpo o comunidad desarrollar la suya propia. Las convenciones de la lógica en que vivimos exigen que, si bien le damos crédito al individuo con su individualidad, nosotros negamos tal cosa a conceptos como “estado”, “comunidad”, “nación”, -conceptos que utilizamos diariamente como elaborados. Sin embargo, cuando nuestros periódicos hablan de una “comunidad diezmada por la peste” o una “nación convulsionada por la histeria”, aceptamos la idea con bastante facilidad, aunque nuestra conciencia rechaza estas formaciones como ficciones. Sin embargo, en tiempos de guerra, una nación se trata como una individualidad con ciertas características específicas; los políticos ‘van a la nación’; *The Times* discute la ‘Salud de la Nación’ con la ayuda de estadísticas relevantes. Esta unidad que consideramos una ficción, - ¿no podría reflejar, en sus partes componentes, las sombras de la unidad individual la cual, según Groddeck, no es menos una ficción? ¿Por qué un Yo nacional y no un Ello nacional? Pero soy consciente de que, al ampliar la esfera de aplicación de la hipótesis del Ello, tal vez me esté excediendo: pero si Groddeck mismo permanecía en silencio sobre el asunto, sin duda tenía sus razones.

¿Y qué pasa con el dominio de los accidentes o las desgracias? ¿Un hombre es herido por una pared que se cae? ¿La víctima de un accidente ferroviario? ¿Debemos suponer que su Ello lo ha convertido en una víctima de las circunstancias? No sabemos casi nada acerca de la predisposición, pero es un término muy utilizado por médicos para cubrir casos donde el vínculo de causalidad parece obvio, el efecto se relaciona satisfactoriamente con la causa; así, la víctima de la sífilis hereditaria satisface la sintaxis de nuestra lógica, mientras que la víctima de un accidente ferroviario parece simplemente el objeto pasivo del destino. Y, sin embargo, reconocemos inconscientemente la predisposición en los individuos, en nuestros amigos, por la frecuencia con que las noticias del accidente nos llegan, exclamamos: “¿Pero le pasaría a alguien como X? La verdad es que todas las relaciones entre eventos y objetos en este mundo participan del misterio de lo desconocido, y no estamos más justificados al cubrir un conjunto de eventos con palabras como <enfermedad> o <dolencia>, que descartar a otro con palabras como “accidente” o “coincidencia”. El mismo Groddeck era demasiado astuto como metafísico para ponerse a la merced de las palabras. “Debo decirte algo”, escribe, “sobre el comienzo de las enfermedades, pero la verdad es que sobre este tema no sé nada. Y sobre la cura ... De eso, también, no sé nada en absoluto. Los tomo a ambos como hechos dados. Como mucho, puedo decir algo sobre el tratamiento, y lo haré ahora. El objetivo del tratamiento, de todo tratamiento médico, es volver a ejercer cierta influencia sobre el Ello... En términos generales, las personas se han contentado con el método llamado “tratamiento sintomático” porque se trata de los fenómenos de la enfermedad, los síntomas. Y nadie afirmará que estaban equivocados. Pero nosotros, los médicos, debido a que somos llamados a jugar a ser Dios Todopoderoso y, en consecuencia, a albergar ideas abrumadoras nos obliga a inventar un tratamiento que elimine no los síntomas sino la causa de la enfermedad. Deseamos desarrollar una terapia causal como las llamamos. En este intento intentamos buscar una causa, y luego teóricamente establecemos... que aparentemente hay dos causas esencialmente diferentes, una interna, *causa interna*, a la que el hombre contribuye por sí mismo, y otra externa, *causa externa*, la cual proviene del ambiente. Y aceptando esta clara distinción, nos hemos lanzado con furia sobre las causas externas, tales como bacilos, escalofríos, sobrecalentamiento, exceso de bebida, trabajo y cualquier otra cosa... Sin embargo, en todas las épocas siempre ha habido médicos que alzaron la voz para declarar que el hombre él mismo produjo sus enfermedades, que en él se encuentran la *causa interna*... Ahí tengo mi punto de partida. Uno no puede tratar esto de ninguna manera sino causalmente. Pero las dos ideas son iguales; no existe diferencia entre ellas... En verdad, estoy convencido de que analizándolo no lo hago de manera

diferente a como lo hacía antes cuando prescribía baños calientes, daba masajes, emitía ordenes magistrales, todo aquello que aún hago. El elemento nuevo es simplemente el punto de abordaje en el tratamiento, *el único síntoma que me parece que está ahí en todas las circunstancias, es el “Yo”...* Mi tratamiento... consiste en el intento de hacer conscientes los complejos inconscientes del “Yo”... Esto es ciertamente algo nuevo, pero no se originó en mí, sino en Freud; todo lo que he hecho en este asunto es aplicar el método a las enfermedades orgánicas, porque sostengo que el objetivo de todo tratamiento médico es el Ello: y creo que el Ello puede ser influenciado tan profundamente por el psicoanálisis como el Ello lo puede ser por una operación quirúrgica”.

Si hemos dedicado mucho tiempo y espacio para permitir que Groddeck, en la medida de lo posible con sus propias palabras, defina y demarque el territorio del Ello, la razón debería ser aparente. No solo es la polaridad Yo-Ello la piedra angular sobre la cual se construye su filosofía, sino que sin una comprensión de ella no podemos proceder a enmarcar el retrato de su obra como poeta-filósofo-doctor con cualquier adecuación; esto debido a que sus puntos de vista sobre la función y el lugar del Yo en el mundo se llevan a cabo, no solo en su estudio de la salud y la enfermedad, sino también en los ámbitos de la crítica de arte y la cosmología, donde sus contribuciones no son menos originales y bellas. Groddeck, como Rank, comenzó como poeta y escritor, solo para desviarse en la vida media y adoptar el papel de sanador; la falta de conocimiento de primera mano de la poesía de Groddeck, su única novela, y lo que su traductor describe como “una epopeya”, me impide decir algo sobre este lado de sus actividades; pero en su único volumen incompleto de crítica de arte, publicado aquí bajo el título de *El mundo del Hombre*, el lector podrá seguir el estudio de pintura de Groddeck en términos del proceso del Ello, porque creía que el hombre crea el mundo a su propia imagen, y que todos sus inventos y actividades, su ciencia, arte, comportamiento, lenguaje y demás, reflejan muy claramente la naturaleza de su experiencia primitiva, nada menos que la confusión entre el Yo y el Ello la cual rige sus pensamientos y acciones. Desafortunadamente, su muerte en 1934 le impidió llevar adelante algo más que los fundamentos de su plan, el que consistía en revisar cada sección de la ciencia y conocimiento en términos de esta hipótesis; pero en los fragmentos que nos ha dejado sobre el arte, el lenguaje y la poesía, la base metafísica de su filosofía es cuidadosamente ilustrada y discutida. El humor, la encantadora simplicidad y la poesía de su escritura no pueden ser comentadas por alguien que no haya leído sus libros en el original alemán, pero al menos podemos decir que parte de la personalidad de Groddeck se ve reflejada en las traducciones que de él se han hecho como para hacer que la aventura de leerlo valga la pena, ya sea como médico, ya como artista contemporáneo, -porque el conocimiento y la práctica de uno complementan las pasiones y las derrotas del otro; y el arte y la ciencia están vinculados más estrechamente que nunca hoy por los mismos términos del dilema metafísico básico al que ambos se enfrentan. Todos los caminos terminan en la metafísica.

A Groddeck a menudo se le pedía permiso para establecer una sociedad en Inglaterra que llevara su nombre, en la línea de las Sociedades Freudiana y Adleriana; pero él siempre se rio de tales sugerencias con las palabras: “Los alumnos siempre quieren que su profesor permanezca estático”. Él estaba decidido a que su trabajo no se estancara ni rigidizara y se convirtiera en cánones estériles; que sus escritos no deberían convertirse en montículos para laboriosos sistematizadores, que solo podrían rendir homenaje a sus teorías, respetando la letra de su trabajo a expensas de su espíritu. En cierto modo, esto ha sido una lástima, puesto que lo ha conducido a una innecesaria negligencia, -sin mencionar la absoluta ignominia de ser producido en portadas con las palabras fatales: ‘Emitido en envoltorio de plástico sellado solo para estudiantes médicos y psicológicos’. ¡Y esto para *El Libro del Ello*, que es un libro que debería estar en todas las estanterías!

No ha habido espacio en este estudio para citar los muchos casos clínicos con los que Groddeck ilustra su tesis a medida que avanza; me he visto obligado a extraer, por así decirlo, las duras síntesis de la teoría y ofrecerlas sin sus viñetas e ilustraciones. Pero es suficiente decir que ningún analista puede darse el lujo de ignorar los puntos de vista de Groddeck sobre cuestiones tales como la resistencia y la transferencia más de lo que pueden ignorarlo en cuestiones como la duración del análisis, la relación del análisis con los trastornos orgánicos y los usos del masaje. Si él aceptó de todo corazón muchas de las opiniones de Freud, hubo muchas reservas, muchas enmiendas que no dudó en expresar. Porque si Freud es una filosofía del conocimiento, la aceptación de Groddeck es a través de la comprensión.

Otra diferencia fundamental merece ser subrayada, -una diferencia que ilustra la divergencia temperamental entre las dos actitudes hacia la medicina que han persistido, a menudo en oposición, desde la época de

Hipócrates hasta nuestros días. Mientras Groddeck está haciendo una campaña de todo corazón por la filosofía del desapego, se niega a renunciar a su herencia como europeo en favor de lo que él considera una filosofía asiática. En su opinión, lo europeo está demasiado influido por el mito de los cristianos como para ser capaces de comprender realmente a cualquier otro; así es que su interpretación de la actitud religiosa hacia la vida nos remite a Cristo, y si él acepta la proposición edípica de Freud, el no duda en decir que esto le parece una explicación parcial. Pero el Cristo de Groddeck difiere radicalmente del retrato atenuado que de él ha sido hecho muy a favor de los tristes teólogos puritanos de nuestra época y tiempo. “Cristo no fue, ni lo será; Él es. Él no es real. Él es verdadero No está en mi poder poner todo esto en palabras; de hecho, creo que es imposible que alguien exprese la verdad de este tipo en palabras, ya que es una imagen, un símbolo, y el símbolo no se puede expresar. Vive y somos vividos por eso. Uno solo puede usar palabras que son indeterminadas y vagas, por eso el término Ello, completamente neutral, fue captado tan rápidamente, ya que cualquier descripción definitiva destruye el símbolo”. Y el hombre, en los términos de la psicología de Groddeck, es vivido por la simbolización perpetua de su Ello, a través del arte, la música, la enfermedad, el lenguaje. El proceso de su crecimiento -su liberación gradual de sí mismo de la enfermedad, el cual es una mala orientación hacia su verdadera naturaleza, solo puede lograrse mediante un autoestudio prolongado y paciente; pero el estudio, en él no es tanto del Yo sino de su principal impulsor, el Ello que se manifiesta a través de una multiplicidad de idiosincrasias, preferencias, actitudes y ocupaciones. Es esta profunda entrega filosófica de Groddeck sobre el Ello lo que hace que su filosofía sea relevante tanto para el paciente, como para el artista y para el hombre común. Así, el símbolo de la madre en el que pone tanto acento en su maravilloso ensayo sobre la infancia se funde en el símbolo de la crucifixión, el cual expresa en términos artísticos, esta profunda y trágica preocupación. “La cruz, también, es un símbolo de antigüedad inimaginable... y si pides a alguien que te diga a que se puede parecer la cruz cristiana, él invariablemente responderá: “*Una figura con los brazos extendidos*”. Pregunte por qué tienen los brazos extendidos y él dirá que están listos para abrazar. Pero la cruz no tiene poder para abrazar, ya que está hecha de madera, ni tampoco el hombre que de ella cuelga, porque se mantiene rígido por los clavos; además, él está de espaldas a la cruz... ¿Qué puede ser esa cruz en la cual el hombre está clavado, sobre la cual debe morir para redimir al mundo? Los romanos usan los términos *os sacrum* para el hueso que está sobre el punto donde comienzan los dolores de parto, y en alemán se llama el hueso cruzado, Kreuzbein. La madre-cruz anhela abrazar, pero no puede, porque los brazos son inflexibles, aunque el anhelo está allí y nunca cesa ... Cristo cuelga sobre la cruz, el Hijo del Hombre, el hombre como Hijo. Los brazos anhelantes que aún no se abrazan son para mí los brazos de la madre. Madre e hijo están juntos, pero nunca pueden acercarse el uno al otro. Para la madre no hay forma de escapar más allá de su anhelo de convertirse en madera muerta... pero el Hijo, cuyas palabras “Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?”, pronunció el más profundo misterio de nuestro mundo humano, muere por su propia voluntad y con plena conciencia sobre esa cruz...”

Es en sus escritos sobre la naturaleza del arte y los mitos que podemos ver, más claramente revelado, el núcleo de su pensamiento sobre la naturaleza del simbolismo y la relación del hombre con la red ideológica que ha construido sobre sí mismo; es aquí también donde uno puede ver con cuánta claridad y brillantemente Groddeck interpretó el rol del arte en la sociedad. Es el único psicoanalista para quien el artista no es un lisiado interesante, sino alguien que, mediante la entrega de su Yo al flujo del Ello, se convierte en el agente y el transmisor de las fuerzas extra causales que nos gobiernan. Lo que él apreciaba por completo eran las terribles fuerzas ambivalentes de las que el artista tan a menudo es presa clara; pero que también ve que el dilema del artista es el de todo el mundo, y que este dilema se repite perpetuamente en el arte, del mismo modo que se repite en términos de enfermedad o lenguaje. Nosotros vivimos (tal vez debería parafrasear el verbo como lo hace Groddeck), somos vividos por un proceso simbólico, por el cual nuestras vidas proporcionan simplemente una superficie pulida sobre la cual puede reflejarse. Así como las relaciones lingüísticas aparecen como “creencias efectivas” en los sueños de los pacientes de Groddeck, las relaciones lingüísticas del simbolismo, expresadas en el arte, colocan ante el mundo una imagen perpetua de las penas, el terror y la magnificencia de la vida -o del ser vivido por esta realidad extracausal cuya identidad no podemos adivinar. “Por muy sabios y críticos que seamos”, escribe Groddeck, “algo dentro de nosotros persiste en ver una ventana como un ojo, una cueva como la madre, un bastón como el padre”. Remontados a lo largo de la red de relaciones afectivas, estos símbolos producen, en el arte, un cálculo de preocupación

primitiva, y se vuelven parte del lenguaje del Ello; y la naturaleza del hombre, vista a la luz de ellos, se convierte en algo más que un Yo estéril con sus conflictos dualistas entre el blanco y el negro. De hecho, la historia de los Evangelios, reinterpretada a la luz del desapego de Groddeck, produce una cosecha de significados mucho más fructífera de lo que es posible si hemos de juzgarla por el término dualista del Yo, lo que, es decir, la voluntad. “Sólo en la forma de la Ironía se pueden pronunciar las cosas más profundas de la vida, porque siempre están fuera de la moralidad; además, la verdad misma siempre es ambivalente, y ambos lados son verdaderos. Quien quiera entender la enseñanza del Evangelio haría bien en tener esto en cuenta”. Y el Cristo de Groddeck, interpretado como un ironista, es quizás el Cristo que nos esforzamos por reinterpretar hoy en día. Aquí no hay espacio para el Cristo histórico de la interpretación contemporánea, de larga expresión y longevidad, sino un Cristo capaz de simbolizar y cumplir su papel artístico, su sacrificio artístico, contra el telón de una historia que, aunque nunca puede ser completamente entendido, sin embargo, tiene para nosotros un significado deliberado e inexorable disfrazado en su simbolismo.

Si hemos insistido, en el curso de este ensayo, en la presentación de Groddeck como filósofo, es porque lo que tiene que decir tiene algo más que una aplicación médica. En medicina, podría ser considerado simplemente como otro vitalista herético, para quien el todo es algo más que la suma de sus partes: ciertamente, a menudo se lo ha descartado como un médico “que aplicaba el psicoanálisis a la enfermedad orgánica con resultados notables”. Si bien no se puede negar su contribución al psicoanálisis, no sería justo limitar sus investigaciones a este dominio en particular, aunque la totalidad de su vida laboral se empleó en la clínica, y aunque él mismo se deshizo de sus escritos sin mucha preocupación por su destino. Sin embargo, también sería injusto presentarlo como un filósofo con una regla de medir con la cual midió cada actividad humana. El factor común en todo su trabajo es la actitud y el precepto del Ello, que fue lo suficientemente grande como para incluir todas las manifestaciones de la vida humana; no delimita, ni demarca, ni rigidiza los objetos sobre los que mira. En otras palabras, él rechazó las tentaciones de una moralidad artificial en su trato con la vida, y prefirió otorgarle todos los derechos como algo Desconocido del cual podría ser posible para el individuo extraer una ecuación para la vida ordinaria; haciendo esto él tiene un mensaje no solo para los médicos, sino también para los artistas, para la enfermedad no tanto como para el sonido. Y uno puede interpretarlo mejor aceptando su concepto Ello (bajo los términos de la verdadera y falsa ambivalencia en la que insistió tanto) como verdad y como producto poético. Y dado que Groddeck prefirió considerarse a sí mismo un europeo y un cristiano, sería igualmente injusto insistir en los sistemas religiosos orientales hacia los cuales el Ello parece conducir, o con los que puede parecer relacionado. (“El poder del ojo para ver depende completamente del poder de la visión inherente en esa Luz que ve a través del ojo pero que el ojo no ve; que oye a través del oído, pero que el oído no oye; la mente, pero que la mente no piensa. Es el Vidente invisible, el Oyente no escuchado, el Pensador no pensado. Aparte de Él, no hay vidente, oyente, pensador”. *Shri Krishna Prem.*)

Groddeck habría sonreído y estaría de acuerdo, de que el principio del desapego es sin duda el núcleo de su filosofía; pero el temperamento de su mente es mucho más griego que indio. Y su método de exposición combina hechos clínicos duros y sólidos con la teoría en cantidades exactamente equilibradas. Al leerlo, se tiene la sensación de que, por muy fantástico que parezca, ello ha resultado desde el taller y no desde un invernadero ideológico.

Cuatro libros que llevan su nombre han sido publicados en Inglaterra. De estos, el único que pretende ser completo es *El Libro del Ello*¹; los otros tres títulos están compuestos por ensayos y varios artículos, enhebrados por su traductor. Ellos son *El mundo del hombre*, *El ser desconocido* y *Explorando el Inconsciente*. En el momento de escribir, todos están desafortunadamente agotados. Los volúmenes primero y tercero contienen una exposición exhaustiva de sus puntos de vista sobre la naturaleza de la salud y la enfermedad; *El mundo del hombre* contiene la base inconclusa de su estudio proyectado sobre la naturaleza del arte pictórico. El último volumen también contiene algunas críticas generales de arte, pero es notable sobre todo por un ensayo titulado *Factores inconscientes en el proceso orgánico* que expone sus puntos de vista sobre el masaje y contiene una especie de nueva anatomía del cuerpo en términos de procesos psicológicos. A pesar de la disposición temerariamente confusa de estos documentos, sin mencionar una traducción que confesamente echa de menos la mitad de la poesía y el estilo del original, todos estos libros deberían leerse

1.- La versión Inglesa de *El Libro del Ello* ha sido cortada: no es el texto completo de la edición Alemana.

si queremos obtener algún tipo de imagen completa de la mente de Groddeck en el trabajo.

Incluso los más grandes oponentes de Groddeck en Alemania no podían dejar de admitir su genio y la gran cantidad de brillantes observaciones médicas contenidas en sus libros; se espera sinceramente que ocupe pronto su verdadero lugar en Inglaterra como un pensador de importancia y un médico con algo importante que decir. Han transcurrido catorce años desde la muerte de Groddeck y su obra completa todavía no está disponible para el público en general en Inglaterra. ¿Por qué?

Para los propósitos de este breve ensayo, sin embargo, me he limitado lo más posible a la filosofía detrás de su práctica, y no he entrado en una exposición detallada de sus creencias médicas y su aplicación clínica; con un escritor tan lúcido y brillante como Groddeck, uno siempre está en peligro de enturbiar las aguas cristalinas si su exposición se ve reflejada en glóbulos pesados y comentarios turbios. En su obra, la teoría y los hechos están tejidos tan hábilmente que uno siempre corre el peligro de dañar el tejido de sus pensamientos al intentar despedazarlo. Estoy contento si he logrado capturar la polaridad Yo-Ello de su filosofía y su concepción del hombre como un todo orgánico. Pero como ocurre con todo en Groddeck, uno siente que la manera y la cuestión están tan bien casadas en él que cualquier intento de explicarlo con palabras diferentes debe leerse tan torpemente como la paráfrasis de Hamlet de un colegial. Este miedo debe excusar mi final aquí con una cita final.

“Toda observación es necesariamente unilateral, cada opinión es una falsificación. El acto de observar desintegra un todo en diferentes campos de observación, mientras que para llegar a una opinión uno primero debe diseccionar un todo y luego ignorar algunas de sus partes... En este momento estamos tratando de recuperar los cimientos de nuestra teoría y acción. Mi propia opinión es que esta suposición es una que naturalmente todos hacemos y nunca abandonamos del todo, y que, además, por nuestra herencia de pensamiento, todos los europeos somos guiados a trazar una relación entre el *individuum* y el cosmos... Entendemos al hombre mejor cuando vemos el todo en cada una de sus partes, y nos acercamos a una concepción del universo cuando lo vemos como parte del todo”.

SOBRE EL AUTOR: Narrador y poeta inglés nacido en India en 1912 y muerto en Francia en 1990. Se da a conocer en el mundo literario en la década de los treinta (1930-1939). Gran parte de su vida estuvo ligado a la región mediterránea: Corfú, Rodas, Chipre, Egipto y el sur de Francia. De estilo narrativo caracterizado por un estilo de riqueza y sensualidad, este también se acompaña de una capacidad evocativa importante y gran destreza para describir el espíritu o psicología de sus personajes. Amigo muy cercano de Henry Miller y Anaïs Nin, influyó y fue influido en su escritura por el escritor estadounidense. Los intercambios y colaboraciones con estos dos escritores como con Alfred Perles, los constituyen en casi un movimiento literario con identidad propia, de esta colaboración surgieron obras tales como: El libro negro de Durrell, Max and the White Phagocytes de Miller, y Winter of Artifice de Nin, con Jack Kahane de la Obelisk Press como editor y en una serie que se conoció como la serie Villa Seurat.

Publicado en: Horizon, Review of Literature and Art, Edited by Cyril Connolly, vol. 17 N° 102, pp. 384-403, June 1948, London.

Volver a bibliografía Georg Groddeck
Volver a News 6-ex-60